

¿QUIÉNES SOMOS? ¿DE DÓNDE VENIMOS? ¿ADÓNDE VAMOS? ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE HISTORIOGRAFÍA Y CONTEMPORANEÍSMO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XXI

Javier RODRIGO¹
Universitat Autònoma de Barcelona (UAB)
javier.rodrigo@uab.cat

Fecha recepción: 17/11/2017; Revisión: 23/11/2017; Aceptación: 06/12/2017.

Puede parecer extraño, posmoderno e irreverente encabezar esta introducción con el título de una canción de Siniestro Total. En 1984, el grupo vigués de punk-rock-blues editó el álbum *Menos mal que nos queda Portugal*, en el que, junto a otras célebres de su repertorio como «Miña terra galega» (versión galaica de «Sweet home Alabama» de Lynyrd Skynyrd), se incluía esta extraña pieza de raigambre existencialista, centrada sobre lo intangible (el ser y la esencia, la nada y la eternidad), aunque también sobre la duda ante las verdades adquiridas o la fiabilidad del conocimiento del pasado («¿es fiable el carbono 14 / es nuestro antepasado el hombre de Orce?»). Su pregunta central es exactamente la misma

1. El autor es miembro del Grup d'Estudis República i Democràcia, integrado en RETIDES, y participa en el Proyecto de Investigación *Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950* [HAR2014-53498-P].

que se ha planteado aquí como vector y eje transversal de todas las contribuciones compiladas. Las historiadoras y los historiadores contemporaneístas del siglo XXI en España: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos? Y, en la medida en que podamos responderlo (cosa harto complicada: la historiografía es una pésima hermeneuta de lo arcano, y nada más desconocido que lo que no existe) ¿adónde vamos?

Este dossier quiere abordar, siquiera superficialmente, el estado actual de la historiografía española sobre la época contemporánea, tomando como punto de inflexión (ficticio y consuetudinario, como la mayoría) el siglo XXI, y analizando los cambios y transformaciones desde tres grandes perspectivas: la profesional, la teórica y la metodológica, en un contexto que todo el mundo identifica con el cambio, precisamente en esos tres ámbitos. De entrada, resulta una tarea discutible en tanto que decisión metodológica posiblemente poco operativa. ¿Por qué el siglo XXI? ¿Para qué arriesgarse a que esta propuesta sea tildada de parcial, irrespetuosa, proteica o incluso adanista? Habrá quien sospeche que se trata de una decisión vinculada a las propias trayectorias vitales y académicas de los autores del dossier —quien esto escribe, por ejemplo, empezó su investigación doctoral en 2001. No va por ahí la decisión. En realidad, tampoco se va a abordar la historiografía contemporaneísta sobre España a partir de 2001 en exclusiva, sino que los análisis van a aceptar (así se les propuso a quienes firman los artículos del dossier) las lógicas cronológicas, epistémicas y vitales de los temas abordados, para las que una u otra frontera en el calendario no deja de ser tan absurda como, en un tiempo de intercambio y, en muchas ocasiones, de internacionalización —real o evocada que fuere— las fronteras geográficas en el terreno de la investigación. Así pues, y como se va a ver a lo largo de los diferentes artículos, es un siglo XXI *ma non troppo*, cuya elección es puramente operativa: si queremos saber, o al menos intuir, el estado del arte en la actualidad, la frontera del cambio del siglo y del milenio es tan válida, o tan inválida, como cualquier otra².

Sin embargo, existen elementos que apoyan esa cronología. De hecho, una buena muestra de la importancia de la historiografía reciente está en nuestros propios programas docentes. Animo a quien esto lea que revise las bibliografías

2. Algunas referencias sobre la historia de la historiografía reciente en España, PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: «La historiografía en España. Quiebras y retos ante el siglo XXI». En: DEL CAMPO, Salustiano y TEZANOS, José Félix (dirs.): *España Siglo XXI, vol. 5: Literatura y Bellas Artes*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009, pp. 223-260; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. «La internacionalización de la historiografía española: ¿una asignatura pendiente?», *Mélanges de la Casa de Velázquez [En ligne]*, 45-2, 2015, <http://mcv.revues.org/6652>; QUIROGA, Alejandro: «Recortes, endogamia y exilio. Sobre la peculiar internacionalización de los historiadores españoles», *Mélanges de la Casa de Velázquez [En ligne]*, 45-2, 2015, <http://mcv.revues.org/6658>. Una mirada al lugar que ha ocupado esta misma revista *Studia Historica* en la historiografía reciente, en ESTEBAN DE VEGA, Mariano (ed.): *25 años de Historia. La revista Studia Historica en la historiografía española*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, de la que se citarán más adelante algunos trabajos. En torno a las carencias epistemológicas de la historiografía contemporaneísta española, véanse también los apuntes, tremendamente críticos, de MARÍN GELABERT, Miquel À.: «Herman Paul y la teoría de la historia en el siglo XXI», introducción a Herman Paul, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2016.

de los suyos propios. Lo más probable es que domine la bibliografía publicada después del año 2000, que la de los noventa sea mucha menos y que lo que se cite como lecturas para el alumnado anterior a los ochenta sea ya casi anecdótico. Sin pretender hacer exégesis de lo que es simplemente una visión propia, tengo la impresión de que ya es rara la cita a bibliografía de antes de 1990, fuera de asignaturas como Tendencias historiográficas o Historia de la historiografía. Aunque puestos a buscar hitos simbólicos, el año 2000 lo es de manera relevante para los temas que se tratan aquí y, en particular, para la teoría de la historia y la historia de la historiografía en España. Es el año en el que se editó *Razón de Historia*: a falta de ese gran libro de teoría de la historia que no escribió, el gran legado material de Juan José Carreras³.

1. ENTORNOS ECUMÉNICOS

Hay más elementos que pueden, en función de la perspectiva que se adopte, justificar la elección de los últimos veinte años como atalaya de observación. Estos han sido, probablemente más que los cincuenta anteriores (los de la profesionalización y, también, los de la construcción y despliegue de las universidades actuales), el tiempo de la internacionalización, a veces más reclamada y retórica que real, y no pocas veces (como se acaba de decir) forzada por la situación. También han sido los de la «memoria histórica», los de las redes sociales y sus formas de comunicación inmediata —y, casi siempre, superficial—, los de los «indignados», los del «procés» y su deriva etnonacional del relato memorial en Cataluña, los de los «historiadores-ciudadanos». Años, en suma, de recusación de relatos, de identificación entre pasado y presente, desplegada desde instituciones, partidos políticos, movimientos sociales y también, claro está, desde la historiografía, para pasmo, a veces, de la misma. Han sido años intensos e interesantes, que bien merecen un análisis desde dentro de la profesión.

El contexto influye notoriamente en las formas de la historiografía española y en su adopción o resistencias hacia los debates internacionales. Para mal, y para bien. No sé si tendrá razón Juan Sisinio Pérez Garzón (a mi cariñoso juicio un recalitrante optimista) al afirmar que ahora es mejor, pero desde luego lo que es enteramente cierto es que cada vez hay más historiografía. España ha pasado de tener catorce a tener más de cincuenta facultades donde se imparten cursos de Historia. En este tiempo, una tercera cohorte generacional de profesionales (para entenderlos, tras la de la Transición y la de los noventa) ha empezado (aunque se esté lejos de completar) su incorporación efectiva y estable a una academia y una universidad plenamente democráticas. Sin embargo, parece también poco

3. CARRERAS, Juan José: *Razón de Historia*. Estudios de historiografía, selección y nota preliminar de Carlos Forcadell. Madrid: Marcial Pons, 2000, antecedente inmediato del prodigioso *Seis lecciones sobre historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2003.

cuestionable que la recesión de facto de los años recientes (desde 2007-08) y las políticas de austeridad y recortes en inversión en I+D+i desplegadas por las administraciones central y, sobre todo en determinadas regiones, autonómica han afectado y mucho a la continuidad de grupos y proyectos de investigación; obligado a la diversificación en las fuentes de financiación —sobre todo, en forma de recurso a programas marco de la Unión Europea, extremadamente meritocráticos y extremadamente difíciles—; laminado departamentos y alterado perspectivas académicas y vitales. Todo eso ha afectado fuertemente a la labor investigadora, y posiblemente sobre todo en su fase más difícil, la postdoctoral. Es difícil saber si ha habido una fractura teórica, pero todo apunta a que sí que la ha habido en lo profesional.

En términos de construcción de la profesión, un esbozo de trazo grueso nos daría una imagen en la que la generación penene que hizo los departamentos actuales está en fase de emeritazgo, sus discípulos se estabilizaron en los noventa, y los discípulos de estos últimos, a lo largo de los diez. Ha habido, sin embargo, un fuerte vacío en estabilizaciones profesionales por falta de recursos, por adelgazamiento de los contratos de investigación y por amortización de plazas de profesorado, que han afectado sobre todo a los años 2007-2016. Los nacidos en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado han tenido y están teniendo tremendas dificultades tanto de asentamiento en puestos docentes más o menos predecibles (para entendernos: licenciatura, doctorado y plaza en la misma universidad) como, sobre todo, de movilidad o de retorno de contratos fuera de España, relacionadas con las reticencias a abrir el juego a los egresados de otros centros y la por desgracia característica opacidad en las convocatorias y los tribunales en España. La única alternativa a esa lógica ha sido la de los contratos de investigación de excelencia, seriamente tocados por los recortes presupuestarios. Y es muy posible que, a la larga, esa misma situación incida todavía más negativamente en unas cohortes posteriores con currículos investigadores excelentes y escasísimas posibilidades de inserción con expectativas de continuidad y asentamiento dentro de la dinámica académica.

Puede que parte de ese problema radique en la inexistencia en España de contratos específicos e indefinidos de investigación, al margen de programas autonómicos como Ikerbasque o ICREA. Está, claro, el CSIC, pero a veces da la impresión de que esa sea la coartada perfecta para no implementar tipologías contractuales específicas de investigación en las universidades. Incluso los contratos de investigación, como los Juan de la Cierva o los Ramón y Cajal, tienen una carga docente que las más de las veces es sobrepasada por los centros de trabajo. Y, al final, a lo más que pueden desembocar es a contratos genéricos de profesorado donde, en última instancia, la obligación principal es la docente. Y, sin embargo, incluso en esas condiciones ha seguido habiendo investigación e historiografía. Canales hasta hace unos años minoritarios, como la emigración académica, son ahora explorados (seguramente por obligación) por los historiadores e historiadoras que transitan los años que median entre el doctorado y la estabilización, y que son de largo los más

difíciles en términos profesionales, académicos y, posiblemente, también vitales. Hasta hace no demasiado, ese canal solía ser absorbido por las propias dinámicas departamentales y universitarias. Hoy, cursar un período postdoctoral fuera de España y, después, hacer de la institución receptora el espacio laboral permanente ya no es tan extraño. Al contrario. Como se verá aquí, una de las consecuencias de esta emigración académica a Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia o Canadá ha sido la de la práctica extinción del significado del hispanismo. La mayoría de los «hispanistas» hoy son españoles.

Esta situación ha tenido importantes consecuencias de las que se han derivado, también, cambios en los modos y las formas de la profesión. Tal vez no se sea aún consciente de ello por la lentitud aparente de las transformaciones culturales y metodológicas, pero, en buena medida, la historiografía ha venido cambiando en las últimas décadas, y una parte de la historiografía española, la que investiga, también ha ido adaptando sus métodos de trabajo. Si no de fondo, sí al menos de formas. Sobre todo, adaptándose desde sus propias inercias a un entorno digital, de repositorios documentales en línea, de redes y de Big Data. El contexto académico actual sigue reclamando investigaciones de largo respiro, pero sus productos no son siempre aquellos a los que se estaba acostumbrado en el pasado. Si antes lo normal de una investigación era que deviniese un libro, ahora es mucho más habitual que ese libro exista, pero tras un reguero de publicaciones en revistas de investigación. El entorno actual es cada vez más el de las revistas digitales, a ser posible de impacto, lo que hace del inglés la lengua franca de la historiografía que desea el debate trasnacional, como también lo es en otras ciencias sociales. Y eso puede ser visto de manera positiva, al implicar un cambio de perspectiva tal vez necesario en una profesión temática, nacional y metodológicamente solipsista en exceso, aunque también puede ser abiertamente criticado. No ya porque eso suponga, como se ha leído mucho en medios de comunicación, plegarse a la «dictadura de la ANECA» o de los índices de impacto, lamentos que suenan más a excusas de mal pagador que a una crítica seria y razonada. Sobre todo, desde mi punto de vista, por el escaso impacto real que esos trabajos acaban teniendo. ¿Justifica un puñado de descargas la cantidad de recursos públicos empleados en sufragar una investigación, traducirla al inglés y publicarla en una revista de impacto internacional (que a su vez, consume recursos muchas veces públicos en las tareas de *peer review*)? En un tiempo de recortes a la investigación y la docencia, sería necesario reconsiderar este tipo de cuestiones, y preguntarse por los límites de un sistema en el cual las grandes revistas anglosajonas, pertenecientes a los grandes grupos editoriales en materia de investigación, son en última instancia (tanto por pago por descarga como por el *open access*) las beneficiarias económicas de los trabajos de investigación sufragados, en su gran mayoría, con fondos públicos. Porque, de hecho, en no pocas comisiones evaluadoras de sexenios, Proyectos de Investigación, Contratos de Excelencia, Acciones de Dinamización, Horizon 2020, HERA, o el que fuere, los criterios de valorización de los currícula no son los libros (los editados o los capítulos en libros colectivos, directamente, no existen), sino, casi

exclusivamente, los artículos en revistas indexadas de impacto. JCR-WOS, SCOPUS, y pare usted de contar.

La historiografía española ha accedido a esta lógica de la investigación global solamente en fechas recientes, y me temo que de manera limitada, lo que sin duda ha afectado y afecta a su impacto real en los debates internacionales. De hecho, y siempre con las muy meritorias excepciones más o menos reconocidas por todo el mundo, su presencia en las redes y debates europeos e internacionales no es demasiado importante. Y eso, pese al espacio central que la historia española ocupa en temáticas tan importantes como el nacionalismo, el colonialismo, el fascismo, las guerras civiles, el antifascismo, los sistemas dictatoriales o las transiciones a la democracia, por citar algunos temas del xx hispano que entroncan, central y a veces de manera paradigmática, con la historia continental y global. Aunque, evidentemente, en esto ha habido avances. Tengo la impresión, no verificada, de que la historiografía española ya no depende en exclusiva del hispanismo como aliado e interlocutor externo, central en su momento por factores académicos y políticos imponderables (el factor aislamiento) y por otros corregibles (el factor lingüístico). Y que esa emancipación exterior, además, bien puede facilitar hoy la presencia internacional de la historiografía española. Fundamentales para la configuración el mercado historiográfico español (y, por supuesto, para la construcción de un discurso histórico complejo en tiempo de dictadura y de consolidación democrática en España), pero no pocas veces periféricos en sus propios países, esa dependencia del factor hispanista como interlocutor ha contribuido a que el diálogo externo de la historiografía española no haya tenido siempre, insisto, con excepciones, como interlocutores a los grandes generadores de debates historiográficos. Hoy, de hecho, me parece que el término hispanista sea más una categoría cerrada en el pasado, y que lo que hay sean historiadoras e historiadores que desde Italia, Francia, el Reino Unido, Estados Unidos, Japón o Israel dialogan y conviven con la historiografía española en grado de igualdad, permeando los debates internos e internacionales, pero sin servir de catalizadores necesarios, y a veces únicos, del relato del pasado sobre la España contemporánea.

Evidentemente, eso también depende de la apertura, voluntaria o forzada, que ha vivido la historiografía española reciente. En esto hay pues cambios respecto a una veintena de años atrás. Hoy hay programas Erasmus que favorecen intercambios académicos y personales, que sirven para formar al alumnado y para establecer redes de profesorado; hay redes internacionales de investigación y preparación de proyectos transnacionales; hay contratos de investigación de excelencia europeos, como los de las acciones Marie Skłodowska-Curie, que sirven de puente entre la profesión dentro y fuera de las fronteras del país. Sin embargo, no conviene tampoco dejarse llevar por el optimismo desenfrenado. Existen las posibilidades, pero no siempre la intención de acceder a ellas. Sabemos (de hecho, sé en primera persona, y en varias ocasiones) que el índice de fracaso es muy elevado en las solicitudes: en las últimas convocatorias del Reto 6, el que más se adapta a las formas de las humanidades, se ha venido concediendo un proyecto por call en

toda Europa. A efectos de internacionalización real, habría pues que preguntarse cuántos grupos de investigación en historia contemporánea han accedido a fondos del Programa Marco Horizon 2020, cuántos a los HERA o a los COST. Y si la internacionalización no debería pasar más por establecer redes internacionales a partir de los propios marcos de investigación nacionales. Si no, la imagen resultante es la de un escaso interés propositivo, acompañado por una tasa de éxito todavía menor, en un contexto de internacionalización real también limitado. La impresión es que la internacionalización, cuando es real y no solamente proclamada, tiene más que ver con el trabajo individual que con el de los grupos o, por descontado, con el de la profesión en su conjunto. También puede pensarse en términos institucionales. La mayoría de grupos de investigación y de centros de estudio temáticos de excelencia, que han tenido y tienen un gran éxito en la generación de debates historiográficos, se dedican a temas explícitamente españoles. Solo en Dublín, por poner un ejemplo, hay (o al menos, hasta hace poco, había) dos centros de War Studies, uno en Trinity y otro en UCD. En España no hay ninguno.

En cierta medida, también esto está relacionado con el carácter periférico y menor de la historiografía española y, en general, de lo español en el terreno de los debates internacionales sobre la épica contemporánea y, concretamente, sobre el siglo xx. La historiografía española casi nunca ha sido generadora de paradigmas analíticos o interpretativos propios, e incluso tengo dudas de si lo ha hecho en temas relacionados con la historia de España como la Guerra Civil, el Franquismo o la Transición democrática, sobre los que se tiene hoy si no la exclusiva, sí una clara predominancia investigadora. Esto, claro está, no es solamente un problema estructural de nuestra historiografía. Pues, incluso en los temas sobre los que la historia española es ineludible (como los de las guerras civiles, las dictaduras, los fascismos o las transiciones), ¿cuál es el impacto real de nuestros trabajos en el ámbito internacional? Al margen de un puñado cada vez más largo de historiadoras e historiadores con amplio reconocimiento en Europa o América, ¿acaso no se sigue recurriendo a la literatura anglosajona a la hora de incorporar el caso español a los análisis comparativos? Sin tener en cuenta las siempre sorprendentes excepciones, ¿cuánto se usan nuestros trabajos escritos en español en los estudios en los que la historia española es central? Esa desatención (por llamarla de manera suave, de manera brusca pienso en sustantivos como desprecio, ignorancia o vagancia) puede ser comprensible, que no justificable, en temas del siglo xx como las dos guerras mundiales o la descolonización. En otros es simplemente una burla, de nuevo por usar un eufemismo. En alguna ocasión, y fruto probablemente de la frustración, he criticado en público lo que a mi juicio resulta una forma de colonialismo intelectual por parte de la literatura histórica o de las ciencias sociales anglosajonas al hablar sobre España autores y autoras que demuestran desconocimientos oceánicos de la lengua, la bibliografía y los debates españoles. Y no sobre temas cualquiera, sino sobre algunos centrales, que disponen de bibliotecas completas de referencia: la Guerra Civil, el fascismo y la extrema derecha, el antifascismo republicano o el régimen de Franco y sus taxonomías.

La responsabilidad, en todo caso, es compartida y así debe repartirse por igual. Fuera se nos lee poco por desatención, por la dependencia histórica de los hispanismos como catalizadores del contemporaneísmo fuera de España o por puro colonialismo intelectual. Pero también, y tal vez sobre todo, porque no hemos publicado ni publicamos lo suficiente en la que es actualmente la lengua franca historiográfica, el latín académico: el inglés. ¿Qué porcentaje de la profesión puede manejarse en un nivel medio de inglés (un B2, pongamos)? Seguramente es creciente y no dependa en exclusividad de eso sino de un complejo entramado de agendas profesionales, oportunidades y voluntades recíprocas. Pero me parece poco cuestionable que eso revierte después en nuestra presencia en el ámbito historiográfico internacional, aunque como decía esté empezando a revertirse gracias al empeño puesto en las traducciones como mecanismo de internacionalización y de proyección fuera de nuestras fronteras. Sin embargo, creo que el problema va más allá, que es de más largo recorrido y que afecta al grado de internacionalización real de nuestra historiografía. Aparte de fuerte americanismo español (como me señaló en su día Txema Portillo), ¿qué historia de otros entornos geográficos o conceptuales no españoles se hace desde España? Más allá de trabajos de alta divulgación, basados por lo general en la literatura anglosajona (y que cabría preguntarse si tendrían espacio editorial en los países sobre los que tratan), ¿cuánto se investiga sobre otros países? ¿Existe una agenda investigadora transnacional, reflejada en proyectos de investigación, solicitudes internacionales, publicaciones en revistas y editoriales? A juzgar por los temas que, con cada vez mayor frecuencia, aparecen en los TFMS y en las tesis doctorales de nuestros departamentos, me parece que el interés por investigar desde España temas de historia alemana, italiana, estadounidense, polaca o, todavía más, europea o transnacional es creciente. Pero, siempre con las honrosas y conocidas excepciones, no es algo que se haya prodigado en exceso, al menos entre las cohortes de historiadores profesionalizadas entre los setenta y los noventa.

Sin embargo, no de otra manera podremos adaptarnos (quien quiera adaptarse, por supuesto, pues todo cuanto aquí dicho depende sobre todo de la voluntad personal) a las nuevas realidades de una historiografía cada vez más multipolar. Mientras en el siglo xx las escuelas nacionales eran (más o menos) reconocibles y los grandes debates emanaban al principio de Alemania, en la posguerra mundial de Francia, desde los cincuenta del Reino Unido y desde los setenta de los Estados Unidos, hoy la globalización de la comunicación —que no siempre del conocimiento— ha hecho a todos los efectos inoperativas estas divisiones espacio-temporales⁴. La adscripción monolítica a una escuela determinada, metodológica o nacional, dejó de tener sentido hace muchas décadas, si es que alguna vez lo tuvo realmente, incluidos *Annales* y el marxismo británico. Tal vez tenga razón Stephen

4. Una magnífica compilación sobre el pasado y el presente del análisis histórico e historiográfico, en PARTNER, Nancy y FOOT, Sarah (eds.): *The sage Handbook of Historical Theory*. Los Ángeles/Londres/Nueva Delhi/Singapur/Washington DC. SAGE, 2013.

Mihm cuando señala que, desde la emergencia de la globalización de la información (y quién sabe si también, del conocimiento), *Everyone is a historian now*⁵. Cualquiera puede convertirse en alguien que recoja fuentes, las sistematice, las sitúe en una línea cronológica y las publique, *online* o en papel. Evidentemente, un historiador hace más que eso. En tanto que hermenéuta del pasado, se supone que debe superar la fase notarial (levantar acta) o del entomólogo, de quien ordena el caos de la naturaleza, o directamente la crea, en un panel de insectos disecados. Al margen de la valoración que desde la historiografía profesional y, más aún, desde la historia de la historiografía o desde la teoría de la historia podamos hacer ante este fenómeno, se trata de una realidad que ha venido para quedarse. En un tiempo como el actual en el que se debate sobre la ubicación (e incluso, sobre la ubicuidad) de la historiografía en el espacio público y político, donde incluso se firman manifiestos por la Historia⁶ donde lo que más claro se pone de relevancia, al margen de la intención inicial reivindicativa de los autores, es, precisamente, la paulatina irrelevancia de la historiografía en la construcción de los relatos públicos, políticos e identitarios hacia el pasado, tal vez lo único que le quede a la profesión sea precisamente una suerte de pesimismo epistémico que asuma la pérdida del monopolio en el terreno de lo social, en paralelo al reforzamiento de lo científico. Los perfiles, en ese contexto, de los agentes mnemónicos y sus diferencias (o convergencias) con la historiografía profesional quedan, desde luego, cada vez más desdibujados.

Al final, toda la historia es historia de la historiografía, y la historiografía es, sobre todo, teoría de la historia. Lejos pues de una exculpación irresponsable, los factores que explican esta situación son amplios y variados, y afectan a dinámicas propias. Para empezar, es notorio el déficit de teorización y comparatividad presente en muchos ámbitos de nuestra profesión. Y si eso es así, todavía incide más en uno de los ámbitos capitales de la historiografía, como la teoría de la historia: curiosamente, si es cierto que el paradigma actual es la ausencia de paradigmas, la historiografía española habría sido pionera, sin saberlo. Tampoco es cuestión de dramatizar ni de anunciar el fin de los historiadores. Sería absurdo pedir que hubiese entre nosotros un Lutz Raphael, un Reinhardt Koselleck, un Geoff Eley o un Raphael Samuel. Hay en España una magnífica y reconocida historia de la historiografía, tanto sobre España como, bastante menos, sobre su dimensión global. No faltan pues las escuelas, focalizadas en una serie de departamentos con tradición al respecto como Zaragoza o Valencia, sobre una historia de la historiografía entendida sobre todo desde un punto de vista profesional, institucional,

5. MIHM, Stephen: «Everyone's a historian now. How the Internet —and you— will make history deeper, richer, and more accurate», *The Boston Globe*, 25-05-2008, disponible online (última visita, 02-11-2017) en http://archive.boston.com/bostonglobe/ideas/articles/2008/05/25/everyones_a_historian_now. Sobre esta cuestión, en castellano, PONS, Analet: *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*. Madrid: Siglo XXI, 2013. Asimismo, MONTESI, Luana: «El oficio del historiador en tiempos de Internet», *Historiografías*, n. 2, 2011, pp. 85-97.

6. GULDI, Jo y ARMITAGE, David: *Manifiesto por la Historia*. Madrid: Alianza, 2016 (2014).

académico y hasta biográfico⁷. Tampoco han faltado los análisis sobre los regímenes de historicidad en el pasado, sobre el despliegue de las historiografías como espacios de construcción político-identitaria tanto en el tiempo pretérito como en los presentes, basculando sobre cuestiones del debate inmediato como los usos públicos del pasado, en torno al cambio de siglo, o del llamado revisionismo historiográfico, más cerca del momento en que se escriben estas líneas⁸. Pero, al mismo tiempo, no parece que exista demasiada teoría de la historia —en términos de abstracción categórica y metodológica— entre el contemporaneísmo reciente, al margen de nombres como los de Julio Aróstegui⁹, Elena Hernández Sandoica¹⁰, Miguel Ángel Cabrera¹¹, las parejas formadas por Justo Serna y Anacleto Pons¹²,

7. Ningún historiador lo demuestra mejor que Ignacio PEIRÓ, autor de trabajos fundamentales como *Historiografía y práctica social en España*. Zaragoza: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 1987; *Los Guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1995; *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*. Madrid: Akal, 2002 (en colaboración con Gonzalo Pasamar); *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013; *Luces de la Historia. Estudios de historiografía aragonesa*. Teruel: Instituto de Estudios Turoleses, 2014, o el reciente *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*. Madrid: Akal, 2017. También PASAMAR, Gonzalo: *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*. Madrid: Síntesis, s/r. Véanse también síntesis como las de AURELL, Jaume: *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2005, o MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*., Madrid: Siglo XXI, 2009.

8. Además de los apenas citados de Peiró, véanse de manera destacada PASAMAR, Gonzalo: *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991; JULIÁ, Santos: *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus, 2004; MARÍN GELABERT, Miquel Á.: *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza/Institución Fernando el Católico, 2005; el reciente JUNCO, José Álvarez y DE LA FUENTE, Gregorio: *El relato nacional. Historia de la historia de España*. Madrid: Taurus, 2017; o incluso el estudio sobre las formas historicistas de la cultura fascista española planteado en GALLEGO, Ferran: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Barcelona: Crítica, 2014. Sobre las cuestiones del presente, FORCADELL, Carlos y CARRERAS, Juan José (eds.): *Usos públicos de la historia*. Madrid: Marcial Pons, 2003 o FORCADELL, Carlos et. al. (eds.): *Usos de la Historia y políticas de la memoria*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004. Sobre la cuestión del llamado revisionismo, FORCADELL, Carlos; PEIRÓ, Ignacio y YUSTA, Mercedes (eds.): *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2015. Alguna de estas cuestiones las abordé, en relación con la guerra del 36, en *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*. Granada: Comares, 2013.

9. ARÓSTEGUI, Julio: *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica, 2001.

10. HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Madrid: Akal, 2004.

11. Junto con una extensa nómina de artículos científicos sobre teoría de la historia e historiografía, sobre la crisis de la historia social, el posmodernismo, la noción de cultura política, o la crisis de la Modernidad, CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra, 2001.

12. SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La historia cultura. Autores, obras, lugares*. Madrid: Siglo XXI, 2013.

Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo¹³, Manuel Pérez Ledesma y María Sierra¹⁴, o grupos de trabajo vinculados por intereses metodológicos como el reunido en torno al medievalista Carlos Barros e *Historia a Debate* o la escuela reciente de análisis sobre el género¹⁵, por nombrar alguno de los más relevantes.

No es poco, desde luego, sobre todo si consideramos que buena parte de los avances se han realizado en tiempos recientes, una vez asimilada la crisis de los paradigmas de la historia social que ya anunciaban entre nosotros, cada uno a su manera y desde diferentes ámbitos, Julián Casanova o Santos Juliá¹⁶. De hecho, no hace demasiado que existen publicaciones a mitad de camino entre la historiografía y la teoría de la historia, como *Historiografías*, publicada por la Universidad de Zaragoza¹⁷. Pero es igualmente cierto que el grado de abstracción teórica y los propios intereses y agendas investigadoras han convertido el de la teoría de la historia en un camino poco frecuentado. La revista más importante en el gremio, *Ayer*, ha dedicado un número relativamente bajo de monográficos de corte teórico y metodológico, y menos aún específicamente sobre teoría de la historia¹⁸. El tradicional yermo bibliográfico en forma de traducciones solo ha empezado a subsanarse gracias al empeño, por otra parte notable, de editoriales como las Publicacions de la Universitat de València o como la Institución Fernando el Católico —Valencia y Zaragoza, claro— y sus series sobre historiografía y teoría de la historia, que han

13. SÁNCHEZ LEÓN, Pablo y IZQUIERDO, Jesús (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Madrid: Siglo XXI, 2008.

14. PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2010.

15. Véanse a modo de muestra los artículos recopilados en *Revista de Historiografía*, n. 22/1, 2015, disponible online (última visita: 02-11-2017) en <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/REVHISTO/issue/view/420>.

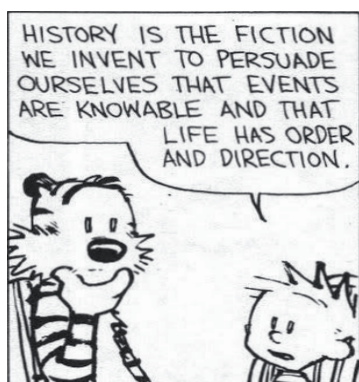
16. CASANOVA, Julián: *La historia social y los historiadores: ¿cenicienta o princesa?* Barcelona: Crítica, 1991. JULIÁ, Santos: *Historia Social/Sociología histórica*. Madrid: Siglo XXI, 1993, libros que, en mi opinión, han resistido el paso del tiempo mucho mejor que muchos de sus coetáneos.

17. En la cual se combinan textos de autores españoles con un buen número de artículos provenientes de reflexiones en otras latitudes. Destacan, entre los primeros, artículos como el análisis *a posteriori* de los porqués de la polémica Fukuyama escrito por BERMEJO BARRERA, José Carlos: «Mentiras adecuadas: veinte años después del fin de la historia», *Historiografías*, n. 1, 2011, pp. 4-22; la defensa de la historia prospectiva de NAVAJAS ZUBELDIA, Carlos: «Sobre el tiempo histórico», *Historiografías*, n. 5, 2013, pp. 32-50, o el análisis de los regímenes de historicidad y los retos del presente historiográfico planteado por PRADES, Sara: «El pasado presente: reflexiones sobre el actual contexto historiográfico», *Historiografías*, n. 13, 2017, pp. 109-127 y, entre los últimos, los de MUDROVICIC, María Inés: «Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente», *Historiografías*, n. 5, 2013, pp. 11-31.

18. Entre los primeros, MARTIKÁNOVÁ, Darina y PEYROU, Florencia (eds.): *La historia transnacional*, *Ayer*, n. 94, 2014; CANAL, Jordi (ed.): *Historia y literatura*, *Ayer*, n. 97, 2015; DIAZ PREIRE, José Javier (ed.): *Emociones e Historia*, *Ayer*, n. 98, 2015; y entre los segundos, PEREIRA, Juan Carlos (ed.): *Historia de las relaciones internacionales*, *Ayer*, n. 42, 2002; FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (eds.): *Historia de los conceptos*, *Ayer*, n. 53, 2004; CABRERA, Miguel Ángel (ed.): *Más allá de la historia social*, *Ayer*, n. 62, 2006, o BURDIEL, Isabel (ed.), *Los retos de la biografía*, *Ayer*, n. 93, 2014.

venido a suplir lo que en los ochenta y los noventa fue la serie «amarilla» de una editorial Crítica en la que han desaparecido estos temas.

Los cambios de tendencias en historiografía y en teoría de la historia han sido notables (de la clase a la cultura y de la cultura a la identidad) entre los últimos veinte o treinta años del siglo xx y la actualidad. Incluso para concluir que la tendencia actual de la historiografía es que no existe una tendencia en sí misma. Puede que el movimiento haya tenido una velocidad geológica. Puede que algunos cambios metodológicos del pasado hayan tenido escaso impacto en España porque, de hecho, han tenido —también fuera de nuestro país— más de reflexión teórica que de propuesta de agenda investigadora: sería ese el caso, por ejemplo, del llamado giro lingüístico, más iconoclasta que operativo en historiografía. Y puede que algunas de las propuestas acompañadas de agenda de investigación (los *subaltern studies*, los *genocide studies*, los *postcolonial studies*, and so on) no funcionen en España por ser excesivamente específicas —lo que explicaría en parte que otras que no lo son sí funcionen aquí, como los recientes y muy sofisticados *gender studies* españoles—. Con todo, es evidente (e insisto, no hace falta ser Hermann Paul para verlo) el desplazamiento de los ejes de gravedad teóricos y metodológicos, desde lo político e institucional, desde la *great men theory*, hasta los sujetos individuales y sus identidades. E, igualmente, es bastante reconocible el paulatino agnosticismo o, cuando menos, el escepticismo hacia la historia como valor presentista y narración objetivable. Bill Watterson, autor de *Calvin & Hobbes*, explica en la siguiente viñeta mucho mejor que yo lo que trato de decir: que la Historia es la ficción que inventamos para persuadirnos de que los hechos son comprensibles y que la vida tiene un orden y una dirección. Sin embargo, a juzgar por lo fácil que resulta encontrar aún hoy en la historiografía española elementos propios de una vulgata más *harneckeriana* que propiamente marxiana; imágenes *santayanescas* relucientes de bonhomía y compromiso, o proyecciones *aranistas* según las cuales la historia que cuenta es la que nos cuenta como nación, uno tiene la impresión de que hay quien o no se entera, o no quiere darse por enterado.



De hecho, en el presente y el futuro inmediato la historiografía española bien podría aprovechar su capitalidad sobre algunos temas como los exilios, las guerras civiles, los fascismos o las transiciones a la democracia, para reivindicar la geodeslocalización de los puntos gravitacionales de producción de debate. ¿Se está haciendo? Pues como siempre, depende. De manera limitada, posiblemente sí estemos asistiendo a un mayor interés por reivindicar la comparatividad transnacional de nuestros objetos de estudio; por analizar las categorías que los sustentan en perspectiva comparada, o por elaborar estrategias investigadoras que pasen, forzosamente, por la apertura a las historiografías internacionales. Pero sigue habiendo una historiografía muy importante (y a mi juicio, fuertemente ensimismada) más que local, localista, más que regional, regionalista, y más que nacional, nacionalista, que abjura de la internacionalización, de la comparatividad y, muchas veces, de la teorización. Y que abjura también de las formas contemporáneas de transmisión del conocimiento histórico, que afectan (de hecho, que están transformando sus formas y mecanismos) directamente a la metodología histórica y a la profesión del historiador.

2. HISTORIAS PARA UN FUTURO (MEJOR)

A estas alturas, pasados ya casi los primeros veinte años de milenio, cabe albergar pocas dudas sobre la importancia que sigue teniendo el relato histórico en las confrontaciones del presente: un tiempo que comenzó, al menos en España, con el nacimiento del debate sobre la memoria histórica, y que ha continuado anclado, entre otras, en la confrontación de historicismos nacionalistas de diversa índole, pero, en algunos territorios, con particular y renovada intensidad. Resulta eso todavía más evidente al adentrarse, como han hecho aquí y vienen haciendo en sus respectivas trayectorias investigadoras mis compañeros de dossier, en los pasados de trauma, conflicto, exilio, guerra, violencia estatal, paraestatal o terrorista. Tal vez sea cierto que el pasado y sus relatos son siempre una declinación, una forma del presente, y que lo que determine la preponderancia de unos sobre otros sea el peso específico que a cada uno se le otorgue dentro de las identidades colectivas ya existentes. Sea por el peso de la clase o el de la nación, sea por el de la identidad, el tiempo pretérito y las palabras con las que lo nombramos acaban siendo constructos deformables, adaptables, lábiles.

Todo ese esquema adquiere todavía mayor complicación cuando el sujeto generador de discurso histórico son las instituciones, los poderes públicos, los partidos políticos. Han existido en el pasado y existen en el presente, es bien sabido (y casi diría que siempre ha sido así), historiografías *institucionales* para las cuales la clave de lectura del pasado no es otra que el presente. Es posiblemente cierto que la historiografía ha cambiado en los últimos veinte años, pero lo que es seguro es que lo ha hecho su contexto inmediato. Fenómenos tan relevantes en la generación de narrativa histórica en el presente como el de la «recuperación de la memoria», el revisionismo, el «síndrome de la transición» de movimientos como

el 15M o de la «nueva política», o el independentismo en Cataluña eran si no inexistentes, sí minoritarios a finales de los noventa. No todos son fenómenos recientes, aunque los contextos cambiantes los hayan ido remodelando y reconfigurando. Es cierto, en ese sentido, que los nacionalismos siempre han sido, tradicionalmente, consumidores voraces de memoria. Pero, en el tiempo actual, también lo son los nuevos movimientos sociales y políticos *millennial*, que han entroncado bien con el llamado movimiento para la recuperación de la memoria histórica. Todos estos fenómenos, diferentes entre sí, comparten un elemento: una agenda memorialística. Frente a una historiografía que es (o que debería ser) un relato verificable y debatible, con un estatus epistémico reconocible por su apego a la contingencia y su apostasía ante las identidades colectivas del presente, el memorialismo, que ha venido para quedarse, maneja una agenda diferente. Una en la cual, como decía el padre de la patria euskalduna, el único pasado que cuenta es el que *nos* cuenta.

Pocos contextos ejemplifican hoy mejor lo que señalamos que el del nacionalismo catalán, en una tendencia de larga duración multiplicada exponencialmente en los últimos años. No hace falta referirse a los usos narrativos públicos y masivos de la vulgata nacionalista, que es la que explica que en el Camp Nou barcelonés, cuando hay partidos de fútbol, desde hace unos años se grite «independència» cada minuto 17 y 14 segundos. La gestión de la memoria y la narrativa histórica dentro del *frame* nacionalista es mucho más compleja, y el Ejecutivo autonómico no es diferente de otros a la hora de pretender contar lo que nos cuenta. La diferencia es que en este caso, los repertorios simbólicos e históricos han tenido como objetivo vincular pasado y futuro: sintomática me parece, en ese sentido, la celebración del ya célebre congreso *Espanya contra Catalunya: una mirada histórica, 1714-2014*, organizado por el Centre d'Història Contemporània de Catalunya (Departament de la Presidència, Generalitat de Catalunya) y la Societat Catalana d'Estudis Històrics del Institut d'Estudis Catalans. No tanto por aquello que más fue criticado, un *ap-proach* que desde la justificación [«analizar [...] desde el siglo XVIII hasta nuestros días, las consecuencias que ha tenido la acción política, casi siempre de carácter represivo, del Estado español en relación con Cataluña»] y el título marcaba al mismo tiempo hipótesis y conclusiones. Lo sintomático a efectos metodológicos, lo que vinculaba el pasado con el futuro era la cronología. En una suerte de acercamiento prospectivo, el congreso planteaba 2014 como fecha final. Pero el congreso se realizó a finales de 2013.

Permítaseme insistir en que en esto hay muchas similitudes en la Europa post'89. No falta, de hecho, esa primacía del *frame* nacionalista —la nación milenaria y resistente, la simplificación en clave etnonacional de los procesos históricos complejos, la naturalización entre pasado y presente— en muchos de los espacios y de las políticas que articulan repertorios simbólicos determinados, sobre todo en los territorios cuyos ciudadanos deben convivir con la herencia de las ocupaciones territoriales, la expulsión de las minorías nacionales o las deportaciones de la población judía. Estoy pensando en ejemplos como el Museo del Terror (nazi y

comunista, pero sobre todo lo segundo) en Budapest o en rehabilitaciones nacionales como la de Stephan Bandera en Ucrania. Es significativa, y habría que estudiar en perspectiva comparada, la transferencia selectiva del pasado al presente, en un diálogo no siempre crítico en el que los repertorios simbólicos del presente apelan siempre al pasado, incluso donde no hay una institucionalización operativa. Las disputas simbólicas vinculan pasado, presente y futuro. En el caso de los nacionalismos es algo hasta lógico, pues estos asientan su aspiración de legitimidad en la existencia, la permanencia y la palingenesis, anclando los elementos configuradores de las identidades mitopoéticas en pasados contruidos e identificados por su utilidad para el presente. Sin embargo, esta misma dinámica la encontramos también en movimientos que se llaman de «nueva política», en memorialismos contemporáneos anclados en los años treinta y en los setenta. De manera, por cierto, lejos de ser aproblemática, e incluso entrando en conflictos por la legitimidad de uso de los símbolos. Los *indignados* españoles (al igual que sus correlatos griegos, o los portugueses, que cantaron el himno de 1974 *Grândola Vila Morena* como parte de su repertorio de lucha contra la austeridad) estaban constantemente interpellando los años 70 en sus discursos y acciones¹⁹. En el caso del nacionalismo es hasta lógico, pues toda historia que *nos* cuente es una buena historia. Esa vocación de continuidad y enlace con el tiempo pretérito resulta mucho más desconcertante en un movimiento que se dijo, y se dice, de ruptura.

La cuestión es que el contexto de la historiografía, ese que Juan José Carreras denominó su entorno ecuménico, también ha cambiado fuertemente en las últimas décadas. Y que en el seno simbólico de estas sensibilidades políticas e identitarias ha habido, y sigue habiendo en la actualidad, una historiografía de nuevo «comprometida», sí, pero comprometida con el futuro, no con la historiografía en sí. Con el futuro y con sus metáforas. Y eso, a nuestro juicio, convierte esa historiografía en mala historiografía (o, como alguno ha escrito, en *parahistoriografía*). Esto no siempre es bien entendido, pero la historiografía y la construcción identitaria conjugan, a mi juicio, mal. A no ser que la historia que cuenta sea la que *nos* cuente. La relación, en todo caso, entre pasado y presente no siempre es constructiva o aproblemática. Al contrario: en muchos momentos, es causa y/o consecuencia de conflictos de índole simbólica, política e identitaria. En esto no somos diferentes.

En ese contexto, parte del trabajo del historiador pasa por analizar la incidencia de la historiografía en los debates públicos, y este dossier es fundamentalmente una reflexión plural al respecto. De hecho, este ha sido en los últimos tiempos una suerte de tema estrella en la historiografía hispana, trasunto y tal vez sustitutivo de la (escasa) teoría de la historia generada en el seno de nuestra comunidad académica. También pasa por analizar su no incidencia: por estudiar la construcción de los relatos históricos desde el presente elaborados desde parahistoriografías,

19. Sobre esto hemos tratado en KORNETIS, Kostis y RODRIGO, Javier: «¿Hay un futuro en todo este pasado? Relatos de la Transición desde la España en crisis». En: REDERO, Manuel (ed.): *La Transición a la democracia*. Salamanca: Prensas Universitarias de Salamanca, 2017, pp. 317-351.

medios de comunicación, instituciones, o incluso por historiadores profesionales vestidos de los paños de la construcción identitaria del presente a través de la naturalización del pasado y de su identificación con el presente. ¿Es menor el peso específico de la historiografía en la construcción de los relatos públicos, o es más bien que ahora, que cualquiera puede hacer llegar sus opiniones sobre cualquier asunto a miles de personas a través de las redes sociales, se es más consciente de las limitaciones de la profesión en ese sentido?

Lo más parecido a los debates teóricos sobre el pasado reciente lo encontramos en las grescas que, desde principios de siglo, se han dado puntualmente sobre la Segunda República, la Guerra Civil, las violencias de guerra y posguerra o el proceso de democratización (y sus «lastres», «precios», etc.). Nadie puede sentirse, creo, demasiado orgulloso del tono *ad hominem*, pugilístico y chusquero que han adquirido en no pocas ocasiones estos debates, pero es sintomático de los modos particulares con los que nos relacionamos y ponemos en relación a nuestros lectores con el pasado y sus relatos. Como sintomático resulta que en España, por la propia historia de su siglo xx pero también por la configuración de su profesión historiográfica, siempre se reclame como catalizador del pasado traumático una figura de inigualable prestigio, que algún día merecerá, esperamos, una reflexión más profunda: la del «historiador comprometido», que acaba componiendo una suerte de subtrama profesional a caballo entre la universidad y lo extraacadémico, entre el pasado y los usos de sus relatos en el presente.

El compromiso, huelga decirlo, tiene siempre implicaciones éticas de índole moral, pero también abarca, y arranca, vasallajes para el presente y el futuro. Como recuerda magníficamente (a mi juicio) Lutz Raphael, poca historiografía ha habido jamás más comprometida que la de los historiadores de Entreguerras con las causas (interna, racial, política o internacional: para la resolución de los Tratados de Versalles, sin ir más lejos) de sus propias comunidades nacionales²⁰. Poca historiografía ha denotado más compromiso, un compromiso que se traducía en acción y en estrategia, que los historiadores fascistas. Tal vez, el único ejemplo comparable sea el afán de la historiografía soviética en su compromiso con la causa de la liberación del proletariado. Aunque tal vez no haya que irse a extremos de contextos caracterizados por la falta de libertad de cátedra (sin que esta esconda las miserias, por supuesto, de la implicación voluntariosa y proactiva con causas como la Cruzada Nacional de 1936 en España). ¿Acaso no era compromiso el que mostraba Hobsbawm al obviar en sus historias del siglo xx, por ejemplo, el Holodomor ucraniano, o al limitar el alcance de la deskulakización soviética? El ya mencionado Tony Judt lo reflejó con clarividencia (exponiéndose, por cierto, a tremendas críticas por ello) al reseñar la autobiografía del egipcio, quien luego

20. RAPHAEL, LUTZ: *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2012.

reconoció tanto el afecto que los unía como el uso malintencionado que se hizo de ese pasaje²¹.

Esta no es, por supuesto, una recusación genérica de la categoría. El propio Judt, como antes Raul Hilberg o Robert Paxton, y como ahora la historiografía implicada en casos de gestión narrativa de conflictos —en eso que la psicología social llama un tanto pomposamente «contextos postraumáticos» (¿cuando dejan de ser traumáticos y empiezan a ser «post»?)— han demostrado que puede existir un compromiso ético, cívico, moral con el presente. Pero no a costa de que ese compromiso se meriende la complejidad del pasado. No se trata, como se decía antes, de recuperar la memoria a costa de la historia. Por decirlo claramente: desde las víctimas se construye un relato (¿un relato? o ¿una pluralidad de relatos?) necesario y fundamental, pero incompleto sin la mirada del verdugo, de los verdugos. Para comprender la violencia ustacha y la cosificación de sus víctimas en Croacia tenemos que adentrarnos en los mecanismos culturales que movilizan a los ejecutores. Lo mismo vale para España, la Unión Soviética, Italia, Alemania, Polonia, el País Vasco. Generalmente, sin embargo, la noción del «historiador comprometido» se atribuye al que lo es con la narrativa de las víctimas, no con la complejidad del pasado. Por eso, cuando leemos que tal o cual historiador se caracteriza por su «compromiso», nuestras señales de alarma deberían dispararse.

Evidentemente, no siempre se encienden esas alarmas. Una constante es, precisamente, la alusión a los «deberes» de memoria, marcando una suerte de agenda moral paralela de investigación. Y, sin embargo, en la medida en que de esos deberes se pueden desprender acercamientos al pasado más valorativos que analíticos, en la medida que los deberes sean los de pensar, sí, pero no libremente sino de una determinada manera (la «correcta»), tendemos al razonable pesimismo epistémico. Por supuesto, las víctimas de las políticas de violencia en el pasado nos conciernen y nos merecen respeto, empatía y conmiseración. Creemos, de hecho, que no hay mayor respeto que el de entender los porqués de sus muertes y los contextos de sus vidas: no fosilizarlas (palabras de Enzo Traverso) en una postura monolítica, la de la víctima, sin aristas ni sombras: como los buenos en un relato de western, en una épica de bien contra mal, luz contra oscuridad, que por muy poética y evocadora que resulte, seguramente ni siquiera ellos mismos o ellas mismas habrían elegido para sí. Sin embargo, suficientes ejemplos de historiografía presentista, prejuiciosa, de comisaría política, de construcción identitaria o de legitimación dictatorial nos llevan, en suma, a considerar la necesidad de tomarnos con algo más que escepticismo el trabajo de la historiografía profesional. Escepticismo, que no cinismo. Hacer buena historiografía (contrastada, comparativa,

21. JUDT, Tony: «Eric Hobsbawm y el romance del comunismo». En: *Sobre el olvidado siglo xx*. Madrid: Taurus, 2008, pp. 121-132. El texto de Hobsbawm lo recoge Anacleto PONS en su blog, una fascinante muestra de las posibilidades de la historia inmediata online: <https://clionauta.wordpress.com/2012/10/03/eric-j-hobsbawm-in-memoriam-tony-judt> (última visita: 02-11-2017), hoy ubicado en <http://clionauta.hypotheses.org>.

interdisciplinar, con manejo de herramientas teóricas y la mayor diversidad de fuentes posible) supone, creemos, hacerlo desde la honestidad, que suele ser el reconocimiento de los propios límites. Nuestro trabajo conjuga mal con mesianismos y grandilocuencias, y peor con los deberes morales. Sin imperativos, preferimos dejar la trascendencia para otras cosas, y afrontar el pasado con al menos la misma voluntad de complejidad que reclamaríamos para entender nuestros presentes.

Algunos de los conflictos centrales del mundo post'89 han tenido en la recreación narrativa y simbólica del pasado elementos para la confrontación, desde las políticas de memoria etnonacionalistas (con sus consiguientes exclusiones y reinventiones del pasado) hasta el ascenso actual de los movimientos de extrema derecha en Europa, pasando por guerras abiertas o larvadas, como en el caso actual de Ucrania. El de la porosidad de las fronteras entre los diferentes agentes mnemónicos está lejos de ser un fenómeno de la actualidad, por más que la globalización haya podido servir de plataforma para su multiplicación exponencial. No sé si es cierto que la historiografía tiene deberes específicos con el presente (aunque si son deberes, ¿quién los dicta?) o no. La cuestión es que me parece cada vez más claro que lo del pasado en el presente va, como diría Ferran Gallego, de recuperar la memoria, pero a costa de la historia.

3. ESTE DOSIER

El siglo presente también es el de las redes profesionales y extraprofesionales. Una de ellas, la Red de estudios sobre totalitarismos y transiciones a la democracia en la Europa del siglo XX (RETTDES), iniciada en 2015, es la que sustenta este dossier, fruto de un seminario en Vitoria (*Líneas de fractura. El contemporaneísmo español en el siglo XX*) organizado por el Instituto de Historia Social «Valentín de Foronda» y la UPV-EHU en junio de 2017²². Aquí, los diferentes grupos de investigación que integran reflexionan sobre aquello que les es propio, sus temas de investigación y sus agendas como grupo, en claves temáticas y teóricas vinculadas al análisis historiográfico, con los ejes de España y el siglo XXI como referencias.

La elección de quién ha escrito qué no tiene nada de casual. Así, mientras que se ha respetado (más o menos) el equilibrio entre temas y grupos, las autorías tienen vinculaciones y connotaciones muy contemporáneas. Solamente dos de sus autores, IP uno de RETTDES (Emilio Grandío), el otro futuro IP de su continuación (Julio Ponce), tienen una vinculación funcional estable con la universidad, en Santiago y Sevilla, respectivamente. El resto responde a una lógica académica propia de los cambios y transformaciones de la historiografía actual: Miguel Alonso es doctorando en la UAB pero licenciado en Zaragoza. Fernando Molina, investigador en Deusto y Santiago antes de recalar como investigador estable en la Universidad

22. https://www.academia.edu/33444235/Seminario_RETTDES_L%C3%ADneas_de_fractura._El_contemporane%C3%ADsmo_espa%C3%ADol_en_el_siglo_XX_Vitoria_19-20_de_junio_2017_.

del País Vasco. Pilar Mera, licenciada en Santiago y doctora por la Complutense de Madrid. Olga Glondys, doctora por la UAB, es licenciada por la Universidad de Cracovia. José Luis Ledesma es licenciado en Zaragoza, doctor por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, y ejerce hoy en la Complutense de Madrid tras haber sido investigador en Yale. Creo sinceramente que la vinculación a los debates internacionales dependa fuertemente de muchos factores, algunos imponderables, pero también que no se pueden explicar sin la voluntad de apertura a ellos ya desde los ciclos formativos tanto del investigador como de sus grupos y redes inmediatas y mediatas. Creo que la naturaleza y características del grupo aquí reunido, desde el más júnior a los más sénior, y de la Red que lo justifica, se explican precisamente por esa voluntad de apertura, diálogo y debate desprejuiciado.

Así, el dossier se abre con un artículo de Fernando Molina, experto en historia del nacionalismo e investigador vinculado actualmente a la historia socioidentitaria del País Vasco. Tema recurrente también de otros grupos investigadores (como el encabezado por los miembros de RETTDES Xosé Manoel Núñez Seixas y Javier Moreno Luzón), en su artículo Molina parte de la larga experiencia investigadora de la Euskal Herriko Unibertsitatea sobre símbolos, identidades nacionales y, por qué no recordarlo, violencias de corte o justificación nacionalista para trazar un análisis sobre la evolución (e involuciones) en la historiografía actual española sobre la nación, las naciones y los nacionalismos estatal y subestatales. Pilar Mera, por su parte, traza un análisis de la situación de la historia política, a veces llamada «nueva», a partir de su trabajo sobre la biografía política como herramienta de acercamiento al pasado. Julio Ponce, experto en historia social e institucional del Estado, el orden público y la violencia, aborda precisamente estos últimos aspectos para mostrar uno de los ámbitos de mayor crecimiento historiográfico desde finales de los noventa en España, para dar paso al texto de Miguel Alonso quien, a partir del ya largo debate sobre cómo llamar a la dictadura franquista (y digo bien: no creo que sea ya en muchos casos un debate sobre naturalezas, sino sobre nombres), se adentra en él a partir de un aspecto concreto y polémico en los últimos años, el de la historiografía reciente sobre el fascismo. De nuevo en terrenos metodológicos más que en períodos cronológicos concretos, Olga Glondys aborda la actualidad de los análisis culturales en la historiografía reciente con datos empíricos obtenidos no solamente de la bibliografía, sino también de las y los historiadores. José Luis Ledesma apela a un análisis de largo respiro sobre la historia social en España, en un momento en el que su carácter no vinculante en la profesión (en el sentido de que hasta hace no demasiado, toda la historiografía se confesaba «social») ha podido contribuir a su complejización y enriquecimiento. Por fin, Emilio Grandío vuelve sobre el pasado reciente y sus construcciones desde el presente. Los debates sobre la democratización posdictatorial (vulgo Transición) lo son los de la contemporaneidad y el hoy más inmediato, en un momento en el que tantas y tan diferentes —hasta en términos marxianos de clase— voces coinciden en la recusación del «régimen del 78». Todos estos son temas que, sin agotar (ni muchísimo menos) los debates del contemporaneísmo español reciente, forman parte de las

reflexiones que interpelan constantemente a la profesión. Por supuesto, se pueden echar en falta muchas temáticas, muchos ángulos de observación, muchas claves de lectura. Pero no creo que eso invalide la propuesta que se realiza desde este dossier. Al contrario: si en algún momento alguien decide matizarla, cuestionarla o incluso desacreditarla desde el conocimiento complejo, no haría sino enriquecer el debate sobre esa encrucijada entre pasado, presente, objeto, sujeto y teoría en el que hemos intentado situar este dossier.

A pesar de las dificultades expuestas, de los lastres pesados y de las inercias, tampoco hay que obviar que lo que realmente hacía, si no imposible, sí francamente difícil cumplir el objetivo holístico de este dossier es el tremendo volumen de trabajo escrito y el despliegue cada vez mayor, y a juicio de los autores de este dossier, exitoso, de la profesión en las últimas dos décadas. No hace falta tener los sesos sorbidos por la nueva moda (o corriente filosófico-histórico-antrópologica) del *neoptimismo* de base *pinkeriana* para pensar que, a lo mejor, no estamos tan mal²³. Empezaba esta introducción con una canción, y quiero cerrarla con otra: ¿no será que, en el análisis de la historiografía actual como profesión, la crítica al pasado (por provinciano) y al presente (por lastrado) nos está llevando a una inversión de los términos propuestos por Karina, generando la impresión de que cualquier tiempo futuro nos parece mejor? ¿Cómo es posible que el augurado declive de la historiografía coincida con el avance, cualitativo y cuantitativo, vivido por la investigación contemporaneísta en las últimas décadas, señalado por los (escasos) historiadores de la historiografía española reciente, hasta el punto de proclamar que, por fin, «se ha superado el retraso producido por el aislamiento y la represión intelectual»²⁴ en la dictadura? Ni ser optimistas es de ingenuos, ni solo cabe el pesimismo acrítico. Puede que la verdad se encuentre en todos lados, que todos tengan su punto de razón. Tampoco es intención de quien esto escribe dirimir lo verdadero de lo falso, ni está capacitado para ello. Juzguen ustedes, tras la lectura de los textos que vienen a continuación, quiénes somos, de dónde venimos, adónde creemos que vamos. Y, sobre todo, si vale la pena recorrer el camino.

23. PINKER, Steven: *The better Angels of our Nature. Why Violence has Declined*. Nueva York: Viking, 2011.

24. PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *op. cit.*